

CUANDO EL HOGAR NO EDUCA: EFECTOS DE LA DISFUNCIÓN FAMILIAR EN EL AULA

Reflexión pedagógica desde la experiencia en el aula



AUTORA

Glenda Angeline Aguilar Ruiz.

Maestra en formación

Especialidad: Educación Primaria Comunitaria Vocacional

Este artículo de opinión surge a partir de observaciones realizadas durante mis prácticas como Maestra en formación. A través de diálogos con los autores educativos, y la observación directa en el entorno escolar, llevé a cabo una metodología de investigación-acción participativa. Este enfoque permite no solo investigar, sino también comprender, intervenir y ser partícipes en la investigación, en este caso, la influencia que ejerce la familia disfuncional en el rendimiento académico de niños y niñas de nivel primario.

En la actualidad, el concepto de familia ha ido transformándose con el paso del tiempo, diversificándose en múltiples formas. Sin embargo, la familia sigue siendo el primer lugar donde las y los niños aprenden y desarrollan sus primeras relaciones con los demás. Cuando esta estructura presenta disfunciones, las consecuencias se reflejan inevitablemente en los menores, especialmente en su desempeño académico.

Durante el desarrollo de mis prácticas como maestra he observado que los niños y niñas que provienen de hogares disfuncionales presentan una serie de dificultades en el aula: bajo rendimiento, falta de atención, comportamientos que interrumpen la enseñanza o el aprendizaje, inseguridad, entre otras. Estas experiencias me llevaron a reflexionar sobre la necesidad de visibilizar y promover la intervención no solo de la escuela, sino también del entorno familiar y comunitario.

Una familia disfuncional es aquella en la que los conflictos, la comunicación ineficiente, la falta de afecto, la violencia o el abandono emocional son frecuentes. Como señalará (UNOBRAVO, 2026), “el término familia disfuncional hace referencia a un núcleo familiar dentro del cual las dinámicas relacionales se caracterizan por comportamientos nocivos, comunicación ineficaz y falta de apoyo emocional. Por lo general, en estas familias, no se satisfacen las

necesidades emocionales de los miembros y eso hace que estos desarrollen sentimientos de inseguridad, miedo y aislamiento”.

En contraste, una familia funcional cumple con sus roles y responsabilidades de forma armónica. Según el instituto (Robert Myers, 2024) , en un hogar saludable “debe prevalecer la armonía, la confianza, seguridad, respeto, afecto, protección y el apoyo necesario ante la resolución de problemas”.

Desde esta perspectiva, la familia es clave en el desarrollo emocional, cognitivo y social de los niños. Como explica (Bronfenbrenner, 1979) en su teoría ecológica del desarrollo humano (1979), “el microsistema que incluye la familia tiene un impacto directo y determinante en el comportamiento y aprendizaje del individuo. Cuando ese entorno está fragmentado, desorganizado o ausente, el niño o niña busca adaptarse a través de mecanismos de defensa que, muchas veces, se manifiestan como apatía, agresividad o retraimiento”.

Así mismo, pude evidenciar que muchos estudiantes presentaban características que se corresponden con las consecuencias de una familia disfuncional: desmotivación, problemas de conducta, falta de hábitos de estudio, poca autoestima y dificultad para seguir instrucciones. Es decir, el aula se convierte en un reflejo de lo que sucede en casa. Y aunque cada caso es distinto, el patrón se repite constantemente.

En este sentido la familia es un grupo de personas unidas por vínculos consanguíneos, legales o afectivos, encargados de proporcionar cuidado, educación y protección. No obstante, cuando esas funciones no se cumplen adecuadamente, se produce un quiebre en la estabilidad emocional del niño o niña.

Cabe resaltar que la disfunción familiar no siempre es producto de la mala intención de los padres. Muchas veces se trata de realidades estructurales: pobreza, desempleo, violencia doméstica, consumo de sustancias, desinformación, etc. No se trata de culpabilizar a las familias, sino de entender que, al igual que los estudiantes, ellas también necesitan apoyo y acompañamiento.

La escuela, por tanto, juega un papel fundamental. No solo como espacio de aprendizaje académico, sino como lugar de contención emocional. El docente, en este sentido, se convierte en un mediador, un guía y, muchas veces, en el único adulto disponible emocionalmente para los estudiantes. Según (Navarro, 2023), “el maestro tiene la responsabilidad de reconocer las señales de alerta en sus alumnos y generar puentes entre la escuela, la familia y otros profesionales que puedan intervenir”.

Desde mi experiencia, observe cómo un acercamiento empático hacia los estudiantes y una comunicación abierta con los padres puede mejorar, aunque sea en parte, la situación. Por ejemplo, en uno de los casos que observé, un estudiante con bajo rendimiento y actitudes agresivas mostró una mejora significativa luego de que se realizaron reuniones con su madre, se le ofreció apoyo psicoemocional y se reforzaron los lazos entre el hogar y la escuela.

No obstante, también encontré situaciones más complejas, donde los padres y madres de familia estaban ausentes emocional o físicamente, y no era posible una intervención directa. En estos casos, considero esencial contar con un equipo multidisciplinario en las instituciones educativas: psicólogos, trabajadores sociales, orientadores. La escuela no puede ni debe reemplazar a la familia, pero sí puede ofrecer alternativas temporales de apoyo, reconociendo las necesidades que presentan los estudiantes y generando estrategias que permitan responder de a las mismas. De esta manera, la institución educativa puede brindar un acompañamiento oportuno dentro de sus posibilidades, favoreciendo el bienestar y desarrollo integral de los estudiantes, sin dejar de lado la responsabilidad y participación de la familia en este proceso

En definitiva, la disfuncionalidad familiar afecta al desarrollo integral de los estudiantes, y su rendimiento académico es solo una de las muchas manifestaciones visibles. El niño o niña que no encuentra seguridad, afecto y guía en su hogar difícilmente podrá concentrarse en aprender, leer o resolver problemas matemáticos. Antes de exigir rendimiento, debemos garantizar entornos seguros.

El docente, como actor clave del proceso educativo, debe estar preparado no solo para enseñar contenidos, sino para leer los contextos familiares de sus estudiantes, intervenir cuando sea necesario y establecer alianzas con las familias. La escuela no puede funcionar de forma aislada.

En este sentido, es imprescindible que las instituciones educativas desarrollen programas de acompañamiento familiar, y que el Estado garantice políticas públicas que fortalezcan el tejido familiar. No se trata solo de formar estudiantes exitosos, sino personas emocionalmente sanas.

Por último, como este artículo nace de la experiencia directa en el aula, desde una metodología de investigación acción participativa, que me permitió observar, dialogar y reflexionar sobre la realidad de nuestros niños y niñas. La transformación educativa solo será posible si se trabaja en conjunto: familia, escuela y comunidad.

BIBLIOGRAFÍA

Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development: Experiments by nature and design*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

Navarro, E. F. (2023). EL PAPEL DEL DOCENTE EN LA DETECCIÓN Y MANEJO DE PROBLEMAS DE SALUD MENTAL EN ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN PRIMARIA. Sevilla, España: Universidad de Sevilla.

Robert Myers, P. (2024). Armonía en el hogar: cómo cultivar una comunicación positiva en las conversaciones familiares. *CHIL DEVELOPNET*.

UNOBRAVO. (2026). *Uno Bravo-Plataforma Psicológica*. Obtenido de Uno Bravo-Plataforma Psicológica: <https://www.unobravo.com/es/blog/familia-disfuncional>